En el bolsillo de tu pantalón

En el bolsillo de tu pantalón

Dirigido a niñas y niños de entre 6 y 12 años

Autora: Clara Redondo
Ilustraciones: Jajastudio

Financiado por:

MINISTERIO DE SANIDAD, SERVICIOS SOCIALES E IGUALDAD
SECRETARÍA DE ESTADO DE SERVICIOS SOCIALES E IGUALDAD
DELEGACIÓN DEL GOBIERNO PARA EL PLAN NACIONAL SOBRE DROGAS

CEAPA
CONFEDERACIÓN ESPAÑOLA DE ASOCIACIONES DE PADRES Y MADRES DEL ALUMNADO
Puerta del Sol, 4 | 6º A | 28013 MADRID | Teléfono 91 701 47 10 | Fax 91 521 73 92
ceapa@ceapa.es | www.ceapa.es

CEAPA



Dirigido a niñas y niños de entre 6 y 12 años

CEAPA
Confederación Española De Asociaciones de Padres y Madres de Alumnos

Autoría:
Clara Redondo

Ilustraciones:
Álvaro Jaimes & Nando Vivas

Coordinan:
José Luis Pazos
Leticia Cardenal
Dolores Ramírez

Edita:
CEAPA
Puerta del Sol, 4 - 6º A
28013 MADRID

Primera edición:
Junio 2017

Maquetación:
IO Sistemas de Comunicación

Imprime:
IO Sistemas de Comunicación
Enrique Granados, 24
28523 MADRID

JUNTA DIRECTIVA DE CEAPA:
José Luis Pazos Jiménez, Leticia Cardenal Salazar, Silvia Centelles Campillo, Miguel Dueñas Jiménez, Miguel Vera Sibajas, Flor Miguel Gamarra, Javier González Barrenechea, Antonio Martín Román, Jesús Manuel Torre Calderón, Adelaida Martín Casanova, José Antonio Felipe Pastor, Mª Luisa Oliva Naranjo, Mustafa Mohamed Mustafa, Ascensión Pinto Serrano, Lois Uxío Taboada Arribe, Camilo Jene Perea, Andrés Pascual Garrido Alfonso, Santiago Álvarez Folgueras, Marius Josep Fullana I Alfonso.

Introducción

El papel de la familia es clave en la prevención del consumo de drogas a través de la transmisión de valores, actitudes y comportamientos en el desarrollo de los hijos e hijas, fomentando desde la infancia hábitos de salud, responsabilidad y el desarrollo de una personalidad fuerte y crítica que no dependa de ninguna adicción, para desarrollarse plenamente, fomentando los factores de protección y reduciendo los riesgos, y para adaptarse de forma sana a su entorno social.

Desde el marco de la prevención de drogas, CEAPA entiende que es necesario empoderar a las familias y a los niños y niñas y adolescentes para tener recursos y estrategias que les permitan hacer frente a situaciones de riesgo y a buscar alternativas al consumo de drogas de forma preventiva.

Las familias y sus asociaciones, las APAs, tienen un papel fundamental como agentes preventivos primarios, siendo necesaria la información, sensibilización y formación dirigida a las familias y a las APAs, así como la creación de recursos educativos que faciliten la educación de sus hijos e hijas, enseñándoles competencias que les hagan menos vulnerables al consumo y que les ayuden a mejorar el clima y bienestar familiar.

Por ello, CEAPA, a través de este cuento, pretende dar respuesta a estas necesidades, creando recursos que faciliten la labor preventiva a través del ocio y los hábitos saludables.

Para finalizar, proponemos unas preguntas sobre el cuento que pueden facilitar a las familias la reflexión y el diálogo con sus hijos:

- ¿Qué emociones aparecen en el cuento?
- ¿Cuáles son los hábitos saludables aparecen en el cuento?
- ¿Qué hábitos saludables te parecen los más importantes?
- ¿Qué tipo de ocio practicas individualmente? ¿Y en familia?
- ¿Es mejor tirar la toalla o buscar soluciones?

1. Como un poste de la luz

Instituto Las Ocho Colinas. Once de la mañana de un viernes. Hora del recreo. Follón monumental en los pasillos.

A Manuela le empezó a palpitar el corazón a mil quinientas veinte revoluciones por minuto cuando vio acercarse a Olindina por el pasillo hacia donde ella estaba. A partir de ese momento, fue como si de pronto todo lo que había alrededor desapareciera. Pluf. Ya no había cientos de niños armando jaleo. Se había esfumado el olor a humanidad mezclado con polvo y goma de borrar. Nada. Para ella se había hecho el silencio así en un plis plas. Solo existía Olindina aproximándose poco a poco. Como en las películas cuando ponen algo a cámara lenta y aaaannndaaaannn deeeeespaaaaaciiiiooooo. Según la vio venir, su cerebro empezó a bullir. Pensó ponerse delante de ella y contarle diecisiete chistes seguidos para que se echara a reír, y ya de paso QUE SE FIJARA EN ELLA. Quiso dar dos saltos mortales para adelante y dos para atrás con carpa y tirabuzón. Para que POR FIN se fijara en ella. Pero nada de eso. No se atrevió casi ni a mirarla. Y Olindina pasó de largo, como si Manuela fuera transparente como el aire o un triste poste de la luz.



—Venga, qué haces ahí, vamos.

Era Salomé. Su mejor amiga.

—Ya nada me importa en la vida —dijo Manuela con la mirada taladrando el suelo.

—¿Mmmm? Pero qué dices. ¿Te has dado un golpe en la cabeza o qué?

—Soy muy desgraciada y solo quiero que acaben de una vez mis días en este mundo —dijo Manuela muy sentida con la mano en el corazón.

—Pero qué dices. Tú te has dado un golpe en la cabeza. Seguro.

—Que no, pesada, que no me ha pasado nada en la cabeza. Estoy por Oli, pero no me hace ni caso.

—Ah, es eso, lo de siempre. Venga, vamos ya al patio.

Salomé y Manuela eran amigas desde infantil, aunque Salomé estaba... cómo decirlo, estaba de su amiga hasta el gorro, porque desde que comenzaron el instituto no hacía más que hablar de

Oli, que estaba por ella, que qué guapa era y que bla bla bla. Pero casi ni se había acercado a ella. Se dedicaba a espiarla. La espiaba en el recreo. En sus entrenamientos de baloncesto. A la salida.

Cuando llegó a casa por la tarde, Manuela arrastraba los pies como un fantasma sin ganas de asustar. La recibió su tío Germán. Había vivido varios años en Francia y se había instalado con Manuela y sus padres. Decía que estaba buscando un piso para mudarse enseguida, pero... ya llevaba tres años con ellos. De profesión: mago. Ensayaba seis horas al día, y por las noches representaba su espectáculo en un local de magia con mucho prestigio de Madrid.

Al entrar en el comedor, vio a su tío frente a la mesa, con la baraja en sus manos y manejando las cartas con una destreza increíble. Y con su cuenquito de frutos secos en una esquina: dos nueces, cinco avellanas y cinco almendras peladas. Según él, le proporcionaban fósforo para la memoria y muchas vitaminas para su cuerpo. Esa era una manía. Y la otra era que para practicar siempre se ponía un sombrero. «Así no se me escapa ninguno de los trucos que guardo en mi cabeza». Manuela a veces se quedaba ahí parada, observándolo.

—Vaya cara. ¿Qué te pasa, sobrina? —dijo cuando la vio ahí de pie.

—Nada.

—¿Cómo que nada? Ven aquí. —Con mucha pompa se acercó a ella y la sujetó la cabeza para mirarla a los ojos muy de cerca—. Que a mí tú no me engañas, ya sabes que soy un mago maguísimo y te puedo leer el pensamiento.

A Manuela le entró la risa de ver a su tío tan de cerca y con los ojos tan abiertos que hasta se veía reflejada en sus pupilas.

—Ya lo veo. Alguien te ha dado una patada en la espinilla y ha salido corriendo. Dime quién ha sido, que se va a enterar de quién es el tío de Manuela.

—Ay, tío, que no te enteras de nada. Déjame. —Y se dio la vuelta y se fue hacia su habitación.

—Está bien, Manuelita. Como quieras. Pero tarde o temprano me enteraré de qué es lo que te pasa.

—No me llames Manuelita, tío, te lo he dicho mil veces.

Cuando entró en su cuarto, fue al cajón de su escritorio, sacó su caja con los botecitos y se sentó en la cama. Era lo primero que hacía cada viernes al llegar a casa: cambiar el color de sus uñas, que siempre llevaba pintadas. De azul. De negro. De rosa. De verde. Hoy tocaba verde. Las llevaba un poco mordidas y no es que quedaran muy bien, eso le decía su madre, pero a ella le daba igual. Le encantaba mirarse las manos así decoradas.

Ese viernes, Manuela estaba de mal humor. Ya sabéis por qué. Ni pintándose las uñas conseguía animarse. ¿Es que Oli nunca se iba a fijar en ella? Había intentado de todo. Iba cada lunes, miércoles y viernes a ver los entrenamientos de baloncesto de su equipo y se quedaba allí mirando, camuflada en un rincón. Pero Oli nunca la miraba. Intentaba chocarse contra ella como sin querer en la puerta del instituto, pero nada, siempre había alguien que se interponía en su camino. Qué mala suerte. Era invisible, transparente, insignificante como un poste de la luz. ¿Qué verde le vendría mejor? ¿El verde chillón o el verde clarito? Mejor el verde clarito.

En ese momento...

—¡Hola! —Era Salomé, que siempre entraba sin llamar en su habitación.

—¿Cuál crees que le gustaría más a Oli, el verde chillón o el verde clarito?

—Venga, bájate un rato, que están las chicas en el parque. Tu tío me ha dicho que te deja salir.

—Mejor el verde chillón. Sí, el verde chillón.

—Tu tío es supersimpático —afirmó Salomé mientras se tumbaba en la cama mirando al techo—. ¿Os hace trucos en casa? ¿Desaparecen cosas de los cajones?

—Sí, ya he decidido: el verde clarito.

—Si yo tuviera un tío mago le pediría que se hicieran solos los deberes y me aprendiera todo de memoria y sin estudiar.

Esto es lo que se llama un «diálogo de besugos». Y así hubieran

seguido toda la tarde si el tío no hubiera llamado a la puerta. Salomé se incorporó de la cama. Manuela ni levantó la vista.

—Le he dicho a esta amiga tan simpática que tienes que te dejo salir un rato a la calle. Tus padres me han dicho que tengo que animarte a que salgas cuando te llaman las amigas. Que les importa más que hagas amigas a que estudies. Ay, no, esto no tenía que habértelo dicho, perdón. Bueno, sí, que te vayas ya a la calle. Estamos en primavera y no hay una estación más maravillosa que esta.

—Ay, tío, no insistas.

—Bueno, no insisto. A cambio, os voy a preparar una rica merienda. Frutas de temporada, ¿os apetece? Vuelvo enseguida.

El tío Germán salió de la habitación y las dejó solas.

—Venga, Manuela, vente —insistió Salomé, que se había vuelto a tumbar mirando al techo.

—¿Qué puedo hacer para saber si Oli está por mí?

—Pero qué dices, si ni te conoce. Lo primero, es un año mayor que tú. Lo segundo, ha venido nueva este curso. No tiene ni idea de que existes.

—¿Qué hago? ¡¡¡Qué hago???

—Buf, qué pesada. Tampoco es nada del otro mundo esa Olindina. Pues no sé. Apúntate a su equipo de baloncesto. Así podrás estar con ella todo el tiempo que quieras y al menos te conocerá. Y así me dejarás a mí en paz. Qué pesada.

Manuela dejó por un instante de pintarse la tercera uña y al cabo de siete segundos contestó.

—¡Sí! Muy buena idea. Cómo no se me ha ocurrido antes.

—A lo mejor te hacen una prueba o algo. Ese equipo es muy bueno. Quedan siempre primeras en la liga municipal.

«Glup», pensó Manuela.

En ese momento, ¡chan tata chán! Era el tío, que había entrado con una fuente llena de fresas, cerezas y albaricoques.

—Aquí tenéis, queridas. Estas sanísimas frutas de temporada. Además de ricas, no sabéis lo buenas que son para el cuerpo y la mente. No quiero que quede ni una, ¿entendido?

Las dos amigas se lanzaron a por la fruta. El estómago protestaba a esas horas.

—Venga, bájate un rato al parque —insistió Salomé mientras chupaba el hueso del albaricoque.

—Vale, pero nos sentamos en otro banco, que al lado siempre se sientan esos que fuman tanto. ¡Qué asco! Parecen chimeneas con piernas.

—Vale, nos ponemos donde quieras, pero vámonos.

2. Primer intento

Ese mismo viernes por la noche, Manuela ya había tomado la decisión: se apuntaría al equipo de baloncesto de Olindina, aunque ni le gustaba el baloncesto ni había tocado nunca esa cosa redonda con la que jugaban. Pero bueno, no pasaba nada. Ella se había propuesto ser una buena jugadora de baloncesto. Haría lo necesario por acercarse a Olindina. Durante la cena lo comentó de pasada y... sus padres se pusieron archimegarequetecontentos: nunca, pero nunca, Manuela había hecho ningún deporte, salvo el estrictamente necesario en Educación Física del cole. Así que pegaron saltos de alegría, aplaudieron hasta que se les quedaron rojas las palmas de las manos, se dieron abrazos... Era una buenísima noticia.

Manuela tenía un plan. El sábado por la mañana se fue de compras por el barrio y consiguió una canasta de esas que se cuelgan detrás de la puerta y que vienen con un balón de tela incorporado. Todo de muy mala calidad. Pero le valía. Se subió a un taburete y enganchó la canasta a la puerta. Desde su cama llegaba perfectamente, así que acomodó bien su trasero y empezó a tirar la pelota a la canasta. Una vez. Y otra. Y otra. Y otra. Y otra. Y otra. Y otra.

Sus padres y su tío entraban de vez en cuando en la habitación y le preguntaban si se encontraba bien y si necesitaba agua para refrescarse después del esfuerzo tan grande que estaba haciendo.

—Cariño, ten cuidado, no te vayas a lesionar —le dijo su madre tapándose la boca porque se partía de la risa.

Y así pasó Manuela el fin de semana, entrenando sin moverse de la cama. El lunes hasta tenía agujetas y todo. ¿Os lo podéis creer? Cuando entró en clase, lo primero que hizo fue buscar a Salomé y contarle.

—¡¿Que has entrenado al baloncesto?! ¿Dónde?

—Eso da igual. Ya estoy preparada para que me admitan en el equipo de Oli. Ya verás qué sorpresa se va a llevar cuando me vea.

Sin embargo... La sorpresa se la llevó Manuela cuando se presentó por la tarde a la entrenadora del equipo y le contó sus intenciones.

—Ah, ¿tú eres la que ve todos los entrenamientos desde aquella esquina?

—Mmmm, sí.

—Si quieres puedes entrenar hoy con nosotras, pero el equipo ya está formado, lo siento. Si quieres, el año que viene te puedes apuntar desde el principio de la temporada.

Ohhhh. Os podéis imaginar que no fue el mejor entrenamiento de su vida. O, mejor dicho, fue el peor entrenamiento de su vida. En realidad, fue el primero y el último entrenamiento al que ha asistido en toda su vida. Se dio cuenta de que eso del baloncesto no era nada pero nada fácil, y las del equipo eran muy buenas. No acertó ni una, se le escaparon todos los balones. Y tampoco pudo hablar con Oli, que se concentraba demasiado cuando entrenaba. Por más que Manuela la miraba y trataba de ponerse cerca de ella, la suerte no la acompañó. Se llevó un simple hola como saludo y un adiós como despedida.

Al llegar a su casa, sus padres y el tío Germán la estaban esperando intrigados.

—Bueno, ¿qué? ¿Te han admitido en el equipo? —le preguntó su padre.

—No. Quizá el año que viene —contestó Manuela—. Todavía no se me da muy bien.

—Claro que sí, hija —dijo la madre—, si entrenas, lo conseguirás. Pero ¿no sería mejor que te bajaras a las canastas del parque y cogieras un balón de verdad?

—No me apetece. Me voy a mi cuarto.

—Espera, espera, no tan rápido —le dijo su tío Germán siguiéndola hasta la puerta de su habitación—. Antes me vas a decir qué te pasó el otro día. Que estás muy rara, querida sobrina.

—Que no me pasa nada, tío.

—A tu tío no se le engaña tan fácilmente. Venga, desembucha.

Manuela ya se había metido en su habitación y se había sentado en la cama. Germán entró detrás de ella y se sentó a su lado.

—Ay, tío, eres muy pesado. Está bien, te lo cuento, pero no se lo digas a nadie.

—Soy una tumba.

—Me gusta una chica.

—Mmmm. Cómo se llama.



—Olindina. Pero la llaman Oli.

—Bonito nombre. ¿Y qué problema hay?

—Pues que no me hace ni caso.

—Ajá.

—Hoy fui por ella a su entrenamiento de baloncesto. Es de ese equipo tan bueno del instituto y pensé que así podría hablar con ella.

—Ajá.

—Pero no me han admitido. Y soy demasiado mala. Y ella demasiado buena. Nunca se fijará en mí. Ni tirando quinientas veces al día a esta canasta conseguiría ser tan buena como ella.

—Ajá.

—¿Por qué dices ajá todo el rato?

—Ay, sobrina, sobrina, tú necesitas un empujón de un tío que se llama Germán y que lo tienes justo aquí delante.

—Déjalo, tío, aquí no vale la magia.

—¿Cómo que no? ¿Tú qué es lo que quieres? ¿Llamar su atención? ¿Y pensabas que tirando un millón de veces a esa birria de canasta ibas a conseguir ser tan buena como ella? No, no, no. Para ser buena en algo, necesitas trabajártelo mucho. ¿Tú me has visto a mí, verdad? Tú sabes lo bueno que soy haciendo trucos de magia. Pues esto no me ha venido del cielo, así, fluflu. Llevo muchos años practicando. ¿Lo comprendes? Tú lo que necesitas es encontrar algo que te guste. ¿Quieres sorprenderla? Contesta, ¿quieres sorprenderla?

—Pues sí, bueno, lo que quiero es que se fije en mí. Pero no hay nada que se me dé bien.

—Estás equivocada, querida Manuelita.

—Tíooooo, que no me llames Manuelita.

—Perdona. Lo que te digo, querida sobrina, es que lo único que necesitas es ilusión por algo. Un objetivo. ¿Sabes lo que es un objetivo?

—Sí, claro que lo sé. Cuando sabes fijo lo que buscas.

—Exacto. Chica lista. El objetivo ya lo tienes: que Oli se fije en ti. Y yo te voy a ayudar. ¿Quieres?

Manuela lo miró como diciendo «pues claro que quiero, venga, suelta ya lo que tienes que decirme».

—¿Qué vamos a hacer? —le preguntó Manuela intrigada.

En ese momento, Salomé entró en la habitación. Sin llamar, claro. Y los vio tan serios que quiso saber enseguida qué estaba pasando. Los amigos de confianza se cuelan así en las vidas de sus amigos, y además hay que explicarles lo que está pasando. El tío Germán le contó todo a Salomé, y le dijo que estaba a punto de...

—Venga, tío, dime qué quieres que hagamos.

—Te lo voy a decir, sí. Pero primero vamos a sellar un pacto de compromiso entre tú y yo. Saca un folio.

—Esto se pone emocionante —intervino Salomé, que estaba deseando saber qué iba a pasar a continuación.

—Ay, tío, qué cursi te pones. De qué va ese «pacto» —dijo Manuela poniéndole con los dedos las comillas imaginarias a la palabra «pacto».

—Que me des un folio, te digo.

Germán sacó su pluma que siempre llevaba en el bolsillo, cogió el folio, pensó unos segundos y se puso a escribir:

De una parte:

El famoso mago Germán se compromete a enseñarle a su querida sobrina Manuela al menos dos de los trucos más conocidos de su repertorio.

De otra parte:

Manuela se compromete a practicar todos los días dos horas con su querido tío Germán después de haber terminado convenientemente los deberes que le hayan mandado en el instituto. Y, por supuesto, después de haber merendado.

Objetivo: que durante dos semanas se dedique a practicar dos trucos de magia para que en algún momento, que no sabemos cuándo será, se los pueda enseñar a su enamorada Olindina y conseguir que esa chica se fije en mi sobrina de una vez.

Si Manuela no cumple su parte de este pacto, su tío se enfadará mucho, aunque siempre seguirá siendo su sobrina favorita.

Firmado por Manuela *Firmado por el mago Germán*

En Madrid, a 5 de mayo de 2017

Germán se puso en pie y, con mucho bombo y mirando fijamente a Manuela, leyó lo que había escrito. Cuando terminó, a Salomé se le escapó un «¡Yujuuuuu! ¡¡¡Yo esto no me lo pierdo!!!! ¿Puedo?, ¿puedo yo también?». Germán firmó su parte y le tendió a Manuela el papel y la pluma. A Manuela sin embargo esto no le hizo nada de gracia. Cuándo le iba a enseñar esos trucos tan increíbles a Oli. Si ni siquiera sabía ni cómo se llamaba. Todo le pareció demasiado difícil. «Eso es una tontería». Y ni firmó ni quiso hablar más sobre el tema. El tío Germán se levantó de la cama, dobló el papel en cuatro partes, lo guardó en el bolsillo de su chaqueta y le dijo que no insistía más, pero que el pacto seguía en pie hasta que ella decidiera llevarlo a cabo.

Salomé la llamó tonta y boba y todo lo que se le ocurrió. Cómo podía dejar pasar esa oportunidad. Pero cuando uno es muy cabezota y dice «no», eso significa que dice «no». Aunque uno puede ser muy cabezota y también cambiar de opinión como cambia de dirección la veleta. Y eso fue lo que le pasó a Manuela a la mañana siguiente.

3. Manos a la obra

Manuela había dormido del tirón. Soñó que se lanzaba en una tirolina gigantesca que iba de un árbol gigantesco a otro árbol gigantesco, y bajaba a toda velocidad y respiraba un aire que olía a palomitas de maíz y extendía los brazos como si quisiera atrapar ese aire que olía tan bien. Estaba tan a gusto volando por ahí arriba, que le sentó muy mal que sonara el despertador. En ese momento no sabía la sorpresa que le esperaba cuando llegara al instituto.

—¿Sabes de qué me he enterado?

Salomé le contó que dentro de dos semanas iba a ser el cumple de Oli, que celebraba una fiesta y que para la fiesta su madre había contratado a un grupo de música para bailar.

—¿Sabes lo que eso significa? ¡Un truco de magia! ¡Ese será tu gran momento! ¡¡¡Le regalarás un truco de magia por su cumpleaños!!! ¿Crees que alguien le ha regalado alguna vez un truco de magia?

Os habréis dado cuenta de que Salomé lo que quería era asistir a las clases del tío Germán, porque estaba fascinada con él, y para eso tenía que convencer a Manuela de que esa era la manera

perfecta de acercarse a Olindina. Manuela escuchó con atención a su amiga y enseguida se imaginó subida al escenario de la fiesta, a punto de hacerle un truco que le había visto hacer a su tío muchas veces: lleva un traje elegante, un foco apunta hacia ella, saca una baraja de cartas, «coge una —le dice a Olindina—, pero no me digas cuál es, enséñasela a los demás menos a mí, ¿ya?, pues ahora métela en medio de la baraja sin que yo la vea, ahora las barajo, chas chas y, atención, porque la carta que tú habías elegido ha corrido rápidamente a tu lado porque le gustas mucho, Olindina, como a mí, que me gustas mucho, y si miras en el bolsillo de tu pantalón allí la encontrarás». Y, efectivamente, allí está la carta. Ovación. Olindina se lanza a abrazarla y...

—¡Eooo! —Era Salómé—. ¿Estás viva? Parece que has visto a un zombi.

—Venga, vamos a preguntarle a mi tío cuándo empezamos las clases.

***

El tío Germán se puso contento no, contentísimo, cuando Salomé y Manuela se presentaron en casa y le dijeron que firmaban, bueno, no, que Manuela firmaba aquel papel.

—Obligatorio venir con sombrero —dijo tocándose el suyo—, así no se escapan las ideas. Lo demás lo pongo yo.

Empezarían esa misma tarde. Después, claro está, de haber hecho los deberes y de haber merendado su fruta correspondiente. Salomé se fue a su casa, Manuela a su habitación, y a las seis en punto estaban las dos como dos clavos con su sombrero en la cabeza frente a la mesa del comedor, que el tío Germán había preparado para la clase. Tres barajas encima de la mesa y tres cuencos de frutos secos con: dos nueces, cinco avellanas y cinco almendras peladas cada uno.

—Esta baraja es para ti, y esta para ti. Las llevaréis siempre con vosotras. Y aquí tenéis esto —dijo señalando los cuencos—. Es el secreto de mi buena memoria. Durante estas dos semanas, os voy a enseñar dos trucos de magia con las cartas.

—¿Solo dos? —preguntó Salomé, a la que todo le parecía poco.

—Querida Salomé, paciencia. Para hacerlo perfecto, necesitas practicar muchas veces. Todo requiere su esfuerzo.

Y así fue como comenzaron las clases. Durante los siguientes quince días, incluidos sábados y domingos, las dos amigas acudieron puntuales a su cita, sin fallar ni una sola vez. Manuela nunca se imaginó lo divertido que sería aprender a jugar con esas cartas entre sus dedos, y entender cuál era el funcionamiento de los trucos que les mostraba su tío, que se ponía muy serio cuando tocaba las cartas. Los padres de Manuela se asomaban de vez en cuando al comedor y sonreían porque eso que estaban haciendo les gustaba muchísimo y porque eran fans del tío Germán. Salomé estaba de verdad entusiasmada con la magia. Y con Germán. Y Manuela no hacía más que pensar en ese regalo que le iba a hacer a Olindina, la sorpresa que se llevaría, sus aplausos, el abrazo final... Esa ilusión le hacía concentrarse cada día más durante las clases. Escuchaba con atención las explicaciones de su tío, y decidió que no se quitaría el sombrero ni para ir a clase, porque no quería que se le fuera a ella tampoco todo lo que iba guardando cada día en la cabeza. Durante la primera semana ensayaron uno de los trucos. Una vez. Y otra. Y otra. Y otra. Y otra. Y otra. Y otra. Y otra.



Era fantástico ver cómo iban cada vez haciéndolo mejor. Él las animaba y las trataba como si fueran personas mayores, y eso les gustaba mucho. Primera semana, primer truco. Segunda semana, segundo truco. Todo perfecto. Estaban a punto de terminar las clases, cuando al llegar un día por la mañana al instituto...

—Tía, mala noticia —le dijo Salomé, que tenía la habilidad de enterarse de todo lo que se hablaba en los pasillos—. Ya no hay fiesta.

—¿Qué dices? No puede ser. ¿Por qué?

—Ni idea. Pero tenemos que cambiar el plan.

Al llegar a casa, Manuela y Salomé le dieron la mala noticia a su tío.

—No pasa nada, chicas. A grandes problemas, buenas soluciones. Pensemos. Vosotras habéis hecho vuestro trabajo, ¿no es así? —Y sin esperar respuesta continuó—: Os merecéis vuestra recompensa. Tú la tuya, querida sobrina, y tú la tuya, querida Salomé. Esperadme aquí, voy a hacer una llamada de teléfono. —El tío se metió en la cocina y al cabo de unos minutos regresó con una sonrisa en la cara.

Fue entonces cuando les propuso algo maravilloso que les hizo subir hasta las nubes, tocar con las puntas de los dedos el cielo azul y volver a posar los pies en el suelo del comedor en apenas unos segundos:

—Haremos la función en el local donde yo trabajo. Quedan invitados todos los alumnos del instituto. Incluida, por supuesto, tu querida Olindina. Vosotras haréis vuestros dos trucos, y yo completaré la función con los míos. ¿Qué os parece? Será el viernes por la tarde a las seis y media en el Teatro Encantado. Estamos a lunes, así que tenéis cuatro días para difundirlo. Y durante este tiempo practicaremos tres horas cada día, ¿de acuerdo?

Esa misma tarde prepararon los carteles con los que inundaron al día siguiente las paredes del instituto. Se corrió a voz como la pólvora. Las paraban por los pasillos. Les preguntaban por el tío. Que cómo iba a ser el espectáculo. De magia, pero qué tipo de magia. Fue el acontecimiento del día. Aunque lo que de verdad fue emocionante...

—¡Hola!

«Socorro, que me trague la tierra, por favor». Eso pensó Manuela cuando la saludó Olindina y le preguntó por la invitación del cartel.

—Sí, sí, es gratis, completamente gratis, sí, es gratis, completamente gratis.

—Cállate, que te has rayado —le susurró al oído Salomé.

—Ay, sí, perdona, sí, es gratis y puedes venir. ¿Quieres venir? ¿Vas a venir? —No podía parar de decir tonterías porque su corazón no paraba de latir como una locomotora—. ¿Quieres venir conmigo? —lo soltó del tirón.

Olindina se quedó mirando extrañada, pero rápidamente contestó.

—Gracias, pero voy a ir con mis amigas. Nos vemos allí.

«Nos vemos allí, nos vemos allí, nos vemos allí...». Esas palabras se quedaron flotando en su cabeza.

4. El gran día

Manuela estaba sentada en una silla, detrás del pequeño escenario del Teatro Encantado. Había llegado el gran día. Su pierna derecha bailaba como si tuviera vida propia, y sin embargo ella no podía moverse. Estaba rígida como el palo de una escoba. Observaba a Salomé y al tío Germán repasando los dos trucos que tantas veces habían practicado en casa. Una vez. Y otra. Y otra. Y otra. Y otra. Y otra. Y otra. Ella también se los sabía de memoria. En realidad, solo tenía que saberse uno, que era el que iba a hacer ella y que podría hacerlo hasta con los ojos cerrados. Se giró y los miró a través del espejo que ocupaba toda la pared. Dos sombreros sobre dos cabezas. Inspiró y soltó el aire de golpe, como le había dicho su tío que tenía que hacer cuando estuviera nerviosa. Pensaba. No hacía más que pensar. «¿Y si Oli no viene? ¿Y si no le gusto?».

—Si Oli no viene no pasa nada —dijo de pronto Germán, como si le hubiera leído el pensamiento—. Lo importante es el esfuerzo que habéis hecho. —Cogió su cabeza y se acercó tanto que Manuela podía verse reflejada en sus pupilas. Se sonrió. Le gustaba cuando su tío le hacía eso—. Querida sobrina, aprovecha el mo-

mento. Es una suerte tener este teatro para nosotros y con todo ese público ahí esperando que lo sorprendamos. Mira, asómate.

Germán abrió un poquito la cortina que daba al escenario. Manuela vio a sus padres en primera fila. Y a un montón de gente conocida que hablaban alto. Había el mismo jaleo que hay en los pasillos del instituto antes del recreo. Parecían todos muy contentos. Pero no vio a Oli.

—Déjame a ver si están mis padres —le pidió Salomé, que no hacía más que colocarse y volver a colocarse el sombrero—. ¡Ahí están! Al lado de los tuyos.

—Bueno, venga, es la hora. Ya sabéis la consigna, queridas mías: vamos a divertirnos. Cuanto mejor nos lo pasemos nosotros, mejor se lo pasará el público —dijo el tío todo bien trajeado y con su sombrero que le daba un aire muy serio—. Acordaos, primero salgo yo, os presento y salís.

Y así fue como dio comienzo la función. La sala, aunque pequeñita, estaba abarrotada. Alumnos, profes y hasta la directora del instituto, que no se quiso perder el espectáculo. El tío Germán salió al escenario como un verdadero artista, con mucha tranquili-

dad y con la lección bien aprendida. Después de que hiciera varias bromas y de preguntarle al público que si querían que apareciesen en escena las dos magas revelación del momento (exagerando un poco, claro), salieron las dos amigas. Salomé se sujetó el sombrero y saludó con una supermegareverencia, y Manuela no tuvo más remedio que imitarla. «Menos mal que tengo las uñas bien pintadas», se le ocurrió pensar. Y, sin entretenerse más, comenzaron la función. El primer truco lo hizo Salomé, y Manuela le sirvió de ayudante. «¡Ohhhh!». Aplausos, ovaciones, la gente se lo estaba pasando bien. Cuando llegó el turno de Manuela... Se quedó unos segundos parada, como si también se hubiera parado el mundo. Un foco la alumbraba. Le temblaban las piernas. Le rugía el corazón. De pronto, en su mente se coló la escena que había repetido miles de veces. Entonces la buscó con la mirada. A Olindina. Y la encontró:

«Voy a pedir un voluntario. Bueno, mejor una voluntaria. A ver, tú, sí, tú, la de la sudadera roja. —Ya sabéis quién era la de la sudadera roja. Y Manuela había perdido el miedo—. Acércate al escenario. ¿Cómo te llamas? Olindina, qué nombre tan bonito. Coge una, pero no me digas cuál es, ¿eh?, enséñasela a los demás menos a mí, ¿ya?, pues ahora métela en medio de la baraja sin que yo la

vea, ahora las barajo, chas chas, y, atención, porque la carta que tú habías elegido ha corrido rápidamente a tu lado porque le gustas mucho, Olindina, y... si miras en el bolsillo de tu pantalón, allí la encontrarás». Todo esto lo dijo de carrerilla, porque se lo sabía de memoria y lo había ensayado millones de veces. Lo que no se atrevió a decirle fue lo mucho que le gustaba ella. Glup. Ahí tragó saliva y se tragó también sus palabras. Pero para su sorpresa, lo que sí se llevó fue un abrazo de Olindina, que, cuando comprobó que efectivamente tenía la carta en el bolsillo de su pantalón, comenzó a saltar con entusiasmo y se lanzó al cuello de Manuela, impresionada por el maravilloso truco del que acababa de ser la protagonista.

Manuela se quedó como tonta flotando en el aire del escenario, y menos mal que vino Salomé, la cogió de la mano e hicieron juntas otra supermegareverencia de despedida, bueno, dos, porque el público (y en particular dos madres y dos padres que estaban en primera fila) no paraba de aplaudir. Uf, qué subidón. Enseguida Salomé presentó al «¡Famoso mago Germán, conocido en el mundo entero por sus fabulosos trucos de cartas! ¡Mirad, mirad con atención, porque vais a presenciar un espectáculo único!».

Mientras Germán ejecutaba con maestría cada uno de sus trucos de magia y tenía al público en el bolsillo, las dos amigas se abrazaban detrás del escenario y se reían y recordaban cada anécdota que acababan de vivir: todo había salido perfecto. Bueno, perfecto no, pero casi. Daba igual. Los ensayos y las horas frente a las cartas habían merecido la pena.

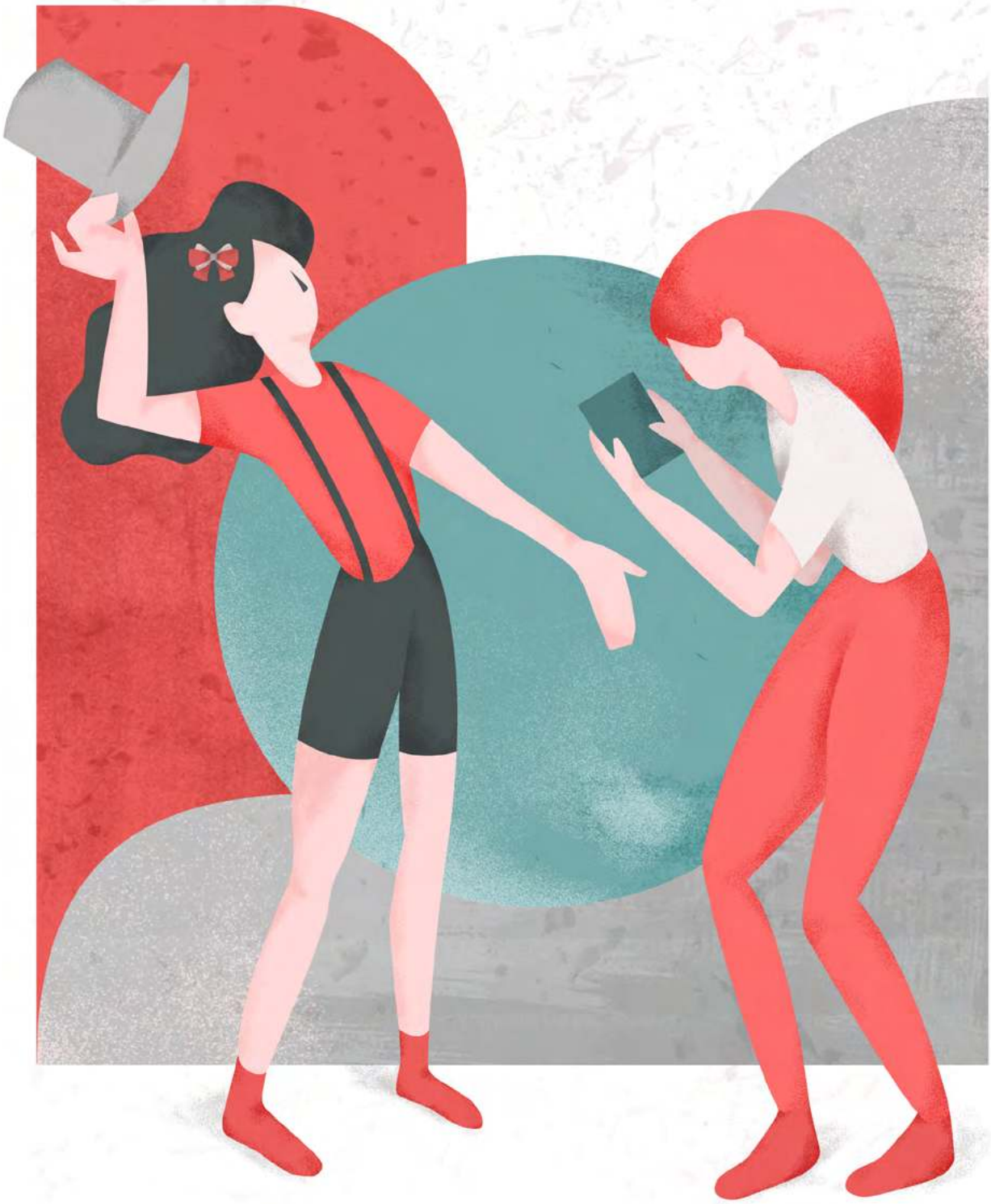
De pronto escucharon que el tío Germán las llamaba a escena.

—Por aquí las chicas quieren dedicar esta función a alguien. Parece ser que hace poco ha sido un cumpleaños. ¿No es así, chicas? Manuela, tú misma —dijo el tío mientras le guiñaba un ojo a Manuela—. ¿A quién dedicáis la función?

Manuela no se lo podía creer. El tío Germán la estaba poniendo en un apuro gordísimo. Y seguro que Olindina se había quedado de piedra y sin entender nada. Pero se hizo la valiente.

—Pues se lo dedicamos a... se lo dedicamos Olindina. Y... ¿le cantamos el cumpleaños feliz?

***



Instituto Las Ocho Colinas. Once de la mañana del lunes siguiente. Hora del recreo. Follón monumental en los pasillos.

A Manuela le empezó a palpitar el corazón a mil quinientas veinte revoluciones por minuto cuando vio acercarse a Olindina por el pasillo. Ya sabía que no estaba por ella. Sí, lo sabía. Estaba por Darío. Salomé se había enterado y se lo había dicho. Cuando llegó a su lado, Olindina le dedicó una enorme sonrisa:

—¡Hola, Manuela! No olvidaré nunca el truco que me hiciste. ¡Qué genial! Y mi felicitación de cumpleaños... Fue total.

—Sí, bueno, yo...

—¿Sabes? Me encantaría aprender a hacer esos trucos. Qué suerte que tengas a tu tío.

Manuela comprendió que no podía perder esa maravillosa oportunidad.

—¡Te invito! Bueno, te invita mi tío a sus clases. A él le encanta. Le encanta enseñar y es muy bueno haciendo magia y muy simpático, y además siempre nos...

—¡Sí, sí! Qué buena idea. Y si quieres podemos quedar algún día en las canchas de baloncesto para que practiquemos juntas. Te vas a apuntar el año que viene, ¿no?

Esto era lo mejor que le podía pasar a Manuela.

—¡Claro! Nos vemos mañana en mi casa.

Sin esperar respuesta sacó un papel y escribió.

—Toma, esta es mi dirección. Ah, y no traigas merienda, que mi tío nos preparará su menú especial. —Y con una sonrisa le preguntó—: ¿Te gustan los frutos secos?

Fin